



Sucesos trágicos de Don Enrique de Silva.

CAPITULO LXXI

Historia quinta, sucedida en Lisboa, con el famoso origen, antigüedad y fundamentos de esta nobilísima ciudad.—Descripción de Lisboa.

DESPUÉS de aquella tan memorable como decantada destrucción de Troya, en quien fué uno de sus famosos expugnadores el capitán Ulises, excelente por su elocuencia y sagacidad, dicen autores graves que, perdiéndose de la conserva y junta de los demás príncipes vengadores de Agamenón, dió principio á sus largos naufragios y asunto en ellos á la honesta perseverancia de su esposa.

En este prolijo viaje es también tradición antigua haber aportado á España, derrotado por el famoso Estrecho de Gibraltar, hasta la boca

y desaguaderos del Tajo; porque subiendo con sus naves y alegre con la majestad y esplendor de sus riberas, tuvo por sitio digno de su memoria las de mano siniestra, adonde, reparándose, fundó mil y ciento y setenta y dos años después del Diluvio una hermosa ciudad en quien perseverase eternos siglos, llamándola Ulixópolis, que en griego significa ciudad de Ulixes, ó, según Estrabón, Ulixea, por su nombre.

No es menos célebre y venerable la ancianidad y origen de la memorable y suntuosa ciudad de Lisboa, que es la misma de quien voy hablando, y á quien por tales causas los antiguos siempre la llamaron Ulixipo. Si bien mucho después de su primera fundación, escribe Plinio, fué nombrada Salacia y también Julia Félix, y que en su tiempo, poblándose de los nobles y patricios romanos, la volvieron su originario nombre.

Es, pues, esta dignísima y principal cabeza de la Corona de Portugal, en asiento hermosísima, en comarca abundante y por la oportunidad y manejo de su famoso río, rica, opulenta y entre las demás escalas y ciudades del mundo, única y admirable. Su fundación es una parte eminente de la extendida playa, en quien se empinan siete montes ó apacibles collados que, vestidos de levantadas torres, de edificios suntuosos, espesas calles, innumerables plazas y magníficos templos y aplaudos por el real y generoso monasterio de Belén, pirámide y entierro

de sus príncipes, de su fuerte y artillada torre, de la grandiosa Casa de la misericordia, Hospital de los Santos, memoria y rica fundación de los piadosos reyes don Juan y don Manuel, de sus inexpugnables castillos, de su palacio y fuerte, de su anchuroso puerto, de sus monstruosas naves y de sus innumerables moradores, no sólo ofrecen á la vista el más soberbio y espantoso objeto que pudo imaginar ingenio humano, sino que juntamente aquella formidable majestad está infundiendo y pregonando en él las inauditas y memorables hazañas de sus valientes hijos, cuyas armas y temidos estandartes (dejemos para espanto de Roma al antiguo Viriato), ya del Africa asombro, ya terror del Oriente, han tremolado portentosamente invencibles la redondez del orbe. Con que no sé yo quién con tanto valor, en tan grande igualdad, en tan general extremo de excelencias y maravillas, pondrá atrevido el intento ni la pluma, pues si es llano y ciertísimo que las cosas magníficas tienen de suyo granjeado el aplauso, el esplendor y alabanza, mucho más conocida sería mi locura emprendiendo pasar adelante en descripción tan notoria y famosa.

Y así, tanto por disculpar mi atrevimiento, cuanto por no animarle á semejante yerro, suspenderé la pluma y cederé contento el campo y la ventaja á quien más elegante y doctamente diese vida al bosquejo que presumieron alentar mis borrones, y yo, en el ínterin, proseguiré tan

sólo en la narración del suceso que tengo prometido; al cual, aunque por trágico y lloroso he deseado morigerar en alguna manera el sentimiento y respeto de quien me ha obligado á escribirle, no lo ha permitido, ni menos, la verdad que profeso, así en las demás historias referidas como en la que tenemos presente, cuyo principio es el que se sigue.

CAPITULO LXXII

Principio de la historia.

Así como es dificultoso en el que gobierna poder tanto reprimir sus afectos, que, desnudo de ellos, del respeto de la sangre, del amistad ó de su propia inclinación, guarde igualdad en la distribución de la justicia, premio y castigo de ella; así también es imposible faltar, aun á quien con mayor rectitud se haya portado en semejantes cargos, querellas, émulos, pasiones y venganzas; que si bien, por la mayor parte, son injustas, raras veces en el crisol de los descargos, en la prolijidad de las determinaciones, en el descrédito del que está padeciendo y en la dilación de sus fines, deja de quedar, aunque inocente, culpado, aunque absuelto cautivo y aunque sin pena, pobre y su opinión en opiniones. Peligroso género de servicios, peligroso camino de merecer, pues adonde un hombre ha echado

el resto de sus fuerzas y riesgos y trabaja más por alcanzar el premio de ellos, entonces fomenta y solicita su destrucción, entonces una mala intención, un poderoso émulo, descomponen cauteloso cuanto su industria, su buen celo y cuidados adquirieron sudando.

No sin particulares fines he dispuesto tan nueva digresión, pues casi iguales términos, semejantes querellas y aun mayores quejas suspiraba ofendido en la ciudad de Goa el noble caballero don Luis Antonio, uno de los personajes principales de esta tragedia, capitán portugués, de admirable valor, y á quien por sus hazañas se le había dado el gobierno y tenencia de una fortaleza importante, y de las más esenciales que aseguran, en aquellas remotísimas partes, la majestad de la Corona. Mas como en tales y tan grandes cargos sobra tanto de lo que he referido, la envidia rindió tiranamente su inocencia, y sin ser poderosos los medios con que se procuró atajar en España, al fin el Supremo Consejo le obligó á ceder el oficio, y remitió órdenes para que, en son de preso, el virrey le enviase á Lisboa. El progreso de tan larga jornada vino á ser la piedra fundamental en nuestra historia, y así, aunque moralizados, fueron inexcusables sus principios y causas.

Esperaba, con la resolución dicha, don Luis Antonio que las naos de la India se aprestasen, y como también se le mandaba llevar su casa,

en el ínterin, haciendo traer á Goa sus mejores prendas, su mujer y una hermosa hija, iba previniendo el viaje y disponiendo de su hacienda, que era bien poderosa, hasta que, llegado el tiempo conveniente, se hicieron á la vela.

Era el virrey persona de condición severa, y así, ó bien por esta causa ó por las que le oponían á don Luis al entregarle, casi públicamente protestó y encargó su guarda al capitán mayor ó general de la Armada, el cual, no obstante que la nobleza de su ilustre sangre y el ser un gran soldado y caballero no menos que de la clara estirpe de los Silvas, contradecía semejantes rigores; viendo cuán circunspecto lo entregaba el virrey, no pudo excusar su mayor recato y con él la seguridad de su crédito. Hizole embarcar en su misma nave, y en ella, como más á la mira, le trujo, no tan gustoso como quisiera y según el preso merecía.

Púsole, sin opresiones como se le ordenaba, al menos cuatro postas para que le asistiesen. Requirióles su guarda, cuidó de su advertencia, y, finalmente, en la disposición de tales diligencias, granjeó poco á poco el mayor odio y rencor del afligido don Luis y su familia, á quien, pareciendo en medio de tan inmensos piélagos y mares, exorbitante y aun impertinente tanto cuidado, llegaron á sentirle por vejación y aun á mordearse y lastimarse en secreto y en público.

Fomentábase con estas cosas una sedición en el

navío y aun en toda la armada; porque si bien el Silva era su general y capitán mayor, don Luis Antonio era de los más compañero, de algunos deudo y de todos amigo; conque teniendo el capitán por conveniente cumplir sus órdenes, no aflojando el cordel, antes aumentando el recato, en la ocasión primera mandó pasar, de otro en que iba, á su bajel á don Enrique, su hijo.

Era este mancebo, si valeroso, arriscado y valiente, y á quien con respeto y aplauso estimaba el armada por tan buenas partes, importante en aquella sazón, como al fin pareció, pues con su presencia no sólo se quietaron los sentimientos y quejas, mas se moderaron los rigores y guarda del preso; porque su padre, dejándole á su cuenta, dió lugar á que en ella dispusiese á su gusto.

Con esto, lo que hasta entonces no había hecho, forzado de su obligación y cortesía emprendió don Enrique ahora, visitando á don Luis en su estancia y cortejándole para su diversión y consuelo lo más del tiempo, atajar los comenzados rencores y dejar antes deudor al preso en su agasajo, que lastimado y quejoso en su aspereza.

Y hubiérale valido á don Enrique el estarse en su nave y el ser menos cortés, menos piadoso, no menos que su total quietud, la tranquilidad de su alma y el sosiego y paz de su corazón. ¿Quién podrá imaginar, antes de leer estos discursos, que de tan heroica virtud, de tan noble trato, de términos tan concertados y honestos

naciera para aqueste mancebo el principio de su perdición, el origen de sus trabajos y, en fin, con su muerte, el remate de ellos? ¿Y quién será tan loco que se atreva á presumir que entre las procelosas ondas del Océano, entre su cana espuma, entre sus aguas y en la opresión y cerco de un tan fuerte y contrario elemento, podían engendrarse las encendidas llamas, el fuego ardiente, que en breve tiempo, como presto veremos, fué incendio lastimoso y miserable ruina de su alma?

CAPITULO LXXIII

Origen del amor de don Enrique.

REALMENTE que cuando así en aqueste como en los pasados sucesos que he escrito, llego á considerar los medios, los caminos por donde provinieron algunos, ó ya su dicha, ó ya su mala suerte, que pierde pie mi humilde entendimiento y se anega y confunde el juicio y el sentido y, encogiendo los hombros, sin más rastrear secretos tan ocultos, reverencio admirado la causa superior que los gobierna.

Ya referí al principio cómo don Luis Antonio traía toda su casa, su esposa y una hija, cuya belleza portentosa aunque entonces la pasé en silencio, ahora que ha de dar tal materia á esta historia no es posible excusarlo; porque además

de ser digna en todo de alabanza la fama, que aún dura en la India, de su hermosura y la que en Lisboa permanecerá por muchos siglos, obliga al más útil pincel, á la más bien cortada pluma.

Era doña Leonor, que así se llamaba este bello sujeto, moza de poca edad, mas tan gentil de cuerpo, talle y disposición, que cualquiera juzgara sus años por mayores; y á este mismo modelo seguían las demás facciones, el brío, el donaire y la virtud y discreción del alma. De suerte, que si en ésta era admirable, en su cuerpo era peregrina, formándose de tantas excelencias un divino portento, un asombro de virtud y hermosura; y aun parece que no queda exagerado, ni encarecido bastantemente.

A este dulce espectáculo, monstruo en belleza, tal vez descuidados y aun libres miraron atrevidos los ojos del incauto mancebo, llevando, como siempre acontece, tras del atrevimiento y delito, la pena y castigo de su descuido y libertad.

Teníanle sus padres, en Lisboa, casi ya concluido un casamiento con una prima suya, tan rica como hermosa, y sobre todo, el empleo y caudal de su primero amor; y por cuyo respeto, si no digo desdén, había padecido no pequeños disgustos; y ahora sólo acabar su viaje dilataba su posesión. Y así, con tal empeño, parecía que ni había causa en el mundo para que sus obligaciones y fe faltasen, ni peligro ni objeto que hiciese su palabra venir á menos. Con tan flaca

defensa, que en un instante se desvaneció como humo, contándose, como dicen, por casado y por el consiguiente, por seguro, dió franca y libre puerta á sus dos ojos y rienda á su inadvertencia y presunción, hallándose cuando menos pensó y quiso retirarse precipitado en un abismo de deseos y rodeado de murallas tan fuertes, que juzgó por eterna su prisión y su libertad por irremediable.

Olvidó el justo empleo que alborozado le volvía á su patria, la perseverancia promovida y, para mayor muestra de su exceso y locura, dió al mar un hermoso retrato de su prima y futura esposa. Señales eran estas mortales, accidentes eran aquestos de una furiosa calentura, y sus efectos, aunque bien encubiertos, fácilmente saliendo como el fuego á la boca, fueron patentes á su dama; y aunque advertidos de su discreción, en ninguna manera acogidos de su honesto pecho.

Sabía ya doña Leonor las aplazadas bodas; y aunque esto así no fuera, su presunción altiva, su recato y honestidad, bastaran á contrastar fuerzas mayores y mayores peligros, ó al menos extremos semejantes juzgaba ella de su entereza y cordura; si bien yo dificulto tan igual conveniencia y temo que tales presunciones suelen dar en terribles bajios; porque ser confiado y ser prudente, de suyo trae la contradicción y repugnancia. En fin, de aquesta suerte, ya en las primicias de este amor, ya en la absteridad y encogimiento de

la dama, se iba prosiguiendo aquella larga y tenebrosa navegación, con tan prósperos vientos, que hasta invernar en Mozambique, por no atreverse entonces á doblar el Cabo, ninguno fué de tan siniestra condición como la mal correspondida voluntad del amante, que á vela y remo caminaba sin esperanza de seguro puerto.

CAPITULO LXXIV

Inverna nuestra armada en Mozambique; diferencias entre los capitanes, y otros varios sucesos en la navegación y amor de don Enrique, etc.

LLEGARON al término que tengo dicho las poderosas naves y, juntamente, según lo han de costumbre, albergaron quietas; aunque no así el preso don Luis, porque el ocasión de hallarse en tierra, acrecentó su guarda y, por el consiguiente, incomodidades forzosas. Sentía este caballero la desconfianza del capitán mayor y, sobre todo, que siendo de una misma ciudad y naturaleza, pudiesen con él tan poco sus merecimientos y partes, de adonde, volviendo á los encuentros pasados y sus enojos, llegaron al punto de quien jamás descaecieron. Con que si bien don Enrique, por su propio interés, deseó apaciguarlos, aunque hizo como antes lo que quiso de su padre y acomodó á don Luis, ni por eso se reconciliaron, ni el

tierno amante volvió á la comunicación de sus visitas. Con que, lastimosamente muriendo, pasó aquel temporal, hasta que, al cabo de algunos meses, embarcándose, sin mejor esperanza, volvieron al viaje, y él, por la cercanía, á poder ver mejor á su dama, sin la limitación que en la tierra.

Tenía muy buena voz y igual destreza en la música, y así, por medio de ella, diversas veces entendió doña Leonor los conceptos y ternuras de su amante; porque las más noches, en los corredores de popa pasaba desvelado, ó ya cantando al son de la vigüela, ó ya vertiendo amorosas lágrimas; si bien, á tantas quejas, á tan amargo llanto, siempre doña Leonor estuvo sorda, siempre cruel y siempre desdeñosa. Con que el abrasado mozo, reconociendo su desdicha, perdió pie en su remedio; y al paso que le iba faltando la esperanza, á ese mismo crecían sus tristezas, y perdiendo el vigor vino á rendirse, cayendo en una peligrosa enfermedad, con la cual, cesando el breve alivio de la vista de su dama, se aumentó su accidente y con él el peligro de su vida.

Llorábale su padre tiernamente y aun todos los soldados y oficiales, de quien era bien quisto; y no era don Luis Antonio quien menos lo sentía, porque reconocía que, si algún buen pasaje se le hacía, era por su medio y diligencia. Sólo doña Leonor, constante y firme, como roca á estos golpes, corría parejas en el sentimiento lícito, no en

el que á tan extraño y prodigioso amor debía.

En este interin, el mal del pobre enfermo, por instantes, por puntos, caminaba á prevenir su muerte, apresurada tanto de la causa dicha, como de las incomodidades del navío, golpes y vaivenes del mar, que también á esta sazón, con un viento deshecho, andaba por los cielos, hasta que reconociendo las Terceras, casi forzadamente hubieron de arribar á ellas; con que siendo preciso reparar los bajeles, en el entretanto, la ocasión á propósito obligó á saltar en tierra al capitán y á que sacasen á ella á su hijo y á don Luis y su gente, que todos venían con achaques diferentes.

Alojáronse juntos unos y otros en las casas del gobernador de aquellas islas, que para facilitar mejor su cura del noble don Enrique, acertó á ser no menos que su tío. Tenía este caballero dos hijas doncellas, de quien y de su madre casi igualmente fueron, con los parientes recibidos, don Luis y su mujer, y, sobre todo, la hermosa doña Leonor, porque su belleza y cordura no sólo causaba admiración, mas se hacía amable.

Ya se sabe cuán tiernamente se agasajan los de aquesta nación, y cuán poco deudo, obligación y conocimiento han menester para regalarse; y, supuesto lo dicho, no tengo para qué encarecer las caricias de tales huéspedes, ni la piedad y amor con que el doliente mozo sería curado. No se apartaban de él un punto sus dos primas, y si algún breve espacio le faltaban, era sólo para

hacer compañía á su dama, por la cual, encargando su gusto, cada instante preguntaba don Enrique; y, en medio de sus ansias y congojas, aquel su dulce nombre le alentaba con tal demostración, que fácilmente las piadosas señoras dieron en su desvelo y, poco á poco, en el origen cierto de su peligrosa enfermedad. Confesólo asimismo, casi ya desconfiando de su remedio, el tierno amante, y, cubiertos los ojos de lágrimas, las pidió que á lo menos, en habiendo muerto, le dijesen á doña Leonor su infeliz suerte, y con tristes suspiros les contó, juntamente, su perseverancia y firmeza, y el descuento que en desdenes, tibiezas y rigores le había reducido á tan mortal estado.

No se holgaron poco las dos damas de que su sospecha saliese cierta, porque del entenderla consiguieron en la salud del primo más segura esperanza, y en el consuelo de sus penas igual remedio; con lo cual, alentado su descaecimiento, tomaron tan á pecho su amorosa empresa, que sin más dilatarla, aun antes de acostarse aquella noche, sabía doña Leonor ya de su boca lo que mucho tiempo antes se tenía ella muy mejor entendido.

CAPITULO LXXV

Persuaden con porfía las dos damas á doña Leonor, y ella declara su última voluntad.

QUIERO que antes de pasar adelante, ni que el lector se entere en los sentimientos fingidos, enojos disimulados y razones severas con que rechazó doña Leonor la intercesión de las dos primas, sepa también la altura, los términos y rumbos en que la hallaba el peligro de su muerte, su larga enfermedad, su tierno amor y su mayor constancia, para que así, más claramente penetrado este punto, reconozca cuán cortas son las fuerzas de una frágil mujer, cuán breves sus rigores y cuán fáciles sus resistencias; y, mayormente, combatida y poco recatada de un continuo cuidado, de unos dulces gemidos, de un largo padecer, de unas fingidas ó verdaderas lágrimas, de una solicitud amorosa, y, sobre todo, de un forzoso y cruel disimulo de su recato vergonzoso y de su natural honestidad y encogimiento.

Nunca á doña Leonor le pareció mal don Enrique; antes, siendo sus partes tan gallardas, su condición tan generosa y la cortesía tan bien experimentada, era fuerza y obligación precisa que en su pecho hubiese causado diferentes efectos de los que ella mostraba, como realmente era lo cierto; mas tenía á raya el saber que él iba á casar-

se, y sobre esto, su pundonor honesto, que este era incomparable. Por esta causa y por razón tan cierta, llano es que, aumentándose en la continua vista el fuego de esta viva centella, y creciendo el rigor de un vivo viento, tan deshecho y, mayormente por su causa, en términos de muerte un mozo tan gallardo, que había de contrastar sus intentos y desvanecer sus honrados propósitos.

Declarado, pues, este enigma y entendido que, aunque oculto, en su pecho triunfaba amor de su constancia, fácil me será el persuadir que no podía, en la sazón de entonces, suceder á doña Leonor cosa más deseada ni conforme á su estimación y entereza, porque ya, con su mayor contradicción y esfuerzo, había cobrado alientos su amoroso desvelo, y de tal suerte se hallaba sumergida y ahogada, que, á dilatarse más la diligencia de las dos damas, saliera de ella el descubrir á voces su sentimiento ó, por lo menos, se declarara infaliblemente por cualquier camino con don Enrique; que no hace menos furiosa batería querer así oponerse, resistiendo, disimulando y á brazo partido, con este ciego y rapacillo amor.

Este era el término y estado en que la cogió el tierno recaudo de su amante, y en quien los piadosos ruegos de aquellas damas pretendieron ablandar su corazón de cera, si bien para los dos probó á mostrarse entonces de acero duro, y con disimulación y enojo tan fingido y dispuesto,

que viéndose, en medio de sus muchas querellas, tocar en la estimación y aun en la obligación y fe de ser su huésped y, por el consiguiente, mal correspondida, casi se hubieran de hallar muy arrepentidas. Mas oyendo que, en el progreso de sus quejas, mezclaba artificiosamente las generosas partes de su primo, su igual conocimiento y, últimamente, que á no juzgarle por casado ó en términos de estarlo tan presto, no las culpaba tanto; entendido el descuido exagerado, la dieron por rendida y, apretando la cuerda, apenas de parte de don Enrique, las dos la aseguraron en su recelo, pues no era puesto en razón ni aun lícito pensar que él pretendiera tan ilustre mujer menos que para un loable fin, cuando la abrasada señora hizo público alarde de su amor y rompió, no sin lágrimas, el velo de su disimulación y recato. Con lo cual, aclamando victoria, á persuasión de las dos primas se determinaron á hacer la siguiente noche, secretamente, una visita al doliente mancebo, ó por mejor decir, á llevarle la salud y la vida, como en efecto sucedió; porque alcanzando el sí de doña Leonor, en hora conveniente y en el peso y silencio de la noche entraron unas y otras, llevando en medio el verdadero antídoto y remedio del enfermo, al cual, en vez de la salud que deseaban, inadvertidas hubieran acarreadole la muerte con tan impensado y repentino contento.

CAPITULO LXXVI

Llega á salvamento la armada, y en Lisboa se va más alentando el enojo y rencor de don Luis Antonio.

TENÍANLE á don Enrique sus continuas congojas en un suspiro eterno, desvelado y sin sueño y, por otra parte, la enfermedad terrible y el no comer, desalentado y débil. Y así no fué mucho juzgar á la primera vista tal suceso por alguna de las transformaciones de Ovidio; y, en hecho de verdad, no pasó menos; porque, alborotado y lleno de terror y respeto, en viéndolas, se quiso, para hacerles conforme reverencia, arrojar dellecho; y ejecutáralo si al punto no le detuvieran sus primas, y con el nuevo desengaño y nuevas de su buena fortuna, reprimieran su intento; aunque esto no fué de suerte que, á contento tan grande y nunca esperado en su concepto, él pudiese exprimir alguno que lo pareciese, ni menos asegurar su turbado espíritu, si bien con todo, agradeciendo con locuras de amor este favor inestimable, dejó lugar á que sus dos primas le hablasen y doña Leonor le satisficiese. Dijo, pues, la hermosa dama, cubierto el rostro de vergonzosa grana, entre otras muchas cosas con que pretendió disculpar su esquivaza y rigor, la fuerza que sus primas la habían hecho, lo que su amor la

tenía obligada y cuánto deseaba su primera salud, dió un pequeño rasguño en su correspondencia y, finalmente, aumentándose el virgíneo color con la seguridad de su fe y palabra, aseguró igualmente la suya y sus temores; con que brotando el corazón de que la oía agradecimientos, sumisiones, promesas y una inviolable fe, trocando en alivio sus penas, sus tormentos en gloria y sus tinieblas en sereno día, quedó, de muerto resucitado y, con tan evidente mejoría el consuelo del alma, que desde aquel punto informó nueva vida, nuevas fuerzas y alientos á su cuerpo.

Despidiéronse por entonces las damas; mas con iguales vistas, creciendo los favores, creció la voluntad y, aumentándose el trato, poco á poco el niño y ciego amor llegó á verse gigante en sus dos pechos. Y ¿qué mucho, si habiéndose plantado sus raíces en la humedad inmensa del Océano, crecido en medio de sus ondas y casi enderezándose en sus islas se lograra de esta suerte, pues aun para su aumento y correspondencia no sólo sirvieron de terceras y arrimo dos damas tan hermosas, mas aun, aquellos sollozos, aquellas islas ó pezones del mar le ayudaron y favorecieron con la semejanza de su nombre?

Había todo este tiempo andado alborotado el mar, levantadas sus ondas y el viento desatado y deshecho, porque aún en este rigor quiso con don Enrique mostrarse favorable, y tanto que parece esperaba sólo la mejoría y buen suceso de su

amor y salud para dejar trillarse de las naves, y así abonanzando, despedidos de las hermosas primas con abrazos y aun lágrimas, se embarcaron y, en ocho días, con general alegría, dieron vista á Lisboa y, finalmente, límites á los trabajos de su navegación, con lo cual (advertidos en la prosecución de sus amores) don Enrique y su padre pisaron los umbrales deseados de su casa, y don Luis Antonio, á quien ya esperaba un hijo suyo, con mejores despachos de la corte, guió á la suya acompañado de algunos guardas y de muchos amigos.

Teníasela el Supremo Consejo, informado mejor, señalada por cárcel; y así, juzgándolo por diferente suceso que el que prometía el recato del capitán mayor, creciendo su indignación y odio esperó los fines, que no se dilataron pocos días; aunque moderándose en ellos su prisión, tuvo después de algunos meses licencia para ir á la corte.

CAPITULO LXXVII

Procuran los parientes de don Enrique el efecto de su casamiento aplazado; y él, regido de su nuevo desvelo, lo dilata cautelosamente.

EN este interin y aun luego, como don Enrique, convaleciente de su mal, llegó á su casa, así de la parte de sus mismos padres, como de los parientes y deudos, de la que había de ser su es-

posa, como en cosa tan hecha, comenzaron á tratar del efecto y disponer las dispensaciones; porque, como tengo dicho, doña Clara (llamábase así la dama) era su prima y, juntamente, doncella riquísima, única heredera de su casa, y, sobre todo, mujer á quien, por su hermosura y bizarro parecer, había el olvidado amante servido largos tiempos y aun querido con extremos locos; y bien acerté en darles semejante atributo, pues ninguno pudo mejor cuadrar con su variedad y mudanza.

Habíasele, al principio de este empleo, mostrado desdeñosa, condición ordinaria de una mujer rogada; y este fácil castigo, sintiéndole don Enrique por disfavor mortal, tuvo por buen remedio el ausentarse; y, poniéndolo por obra, á pesar de sus padres, de quien era su mayor consuelo, se traspuso á la India, de donde, entendida la causa y arrepentida el sujeto de ella, concertadas sus bodas, yendo por capitán mayor su padre, lo traía ahora para su cumplimiento, mas tan diferente y trocado como habéis oído; pues no sólo no volvió los ojos al pasado empleo, sino que, resuelto á proseguir su nuevo amor, pidió se suspendiese el trato, como, en efecto, lo hicieron sus padres, porque sólo su voluntad los gobernaba.

Cesaron con aquesto las pláticas; y aunque de parte de la dama se guardó el mismo orden, no así, en lo interior, se estimó el sentimiento.